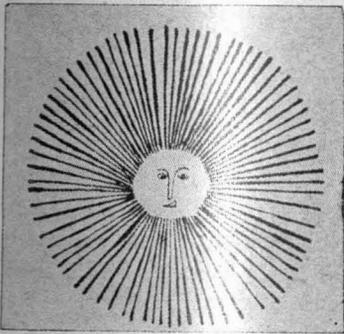


LIBROS

PSICOANÁLISIS ABIERTO A LA DUDA

Igor A. Caruso, *Psicoanálisis para la persona*, Seix-Barral, Barcelona, 1965, 241 pp.

Cuando en 1954 apareció en traducción española el primer libro de Caruso, *Análisis psíquico y sintesis existencial*, causó verdadera sensación en amplios círculos espirituales. La obra representaba un ensayo de apertura del psicoanálisis al mundo de los valores trascendentes, y de superación del positivismo científico de los primeros tiempos apoyado en un existencialismo cristiano que traducía las heridas y las esperanzas de la postguerra. Aquel libro sirvió para acortar distancias entre el pensamiento católico y el psicoanálisis; pero también sirvió para catalogar a Caruso como un espiritualista, "heterodoxo en psicoanálisis" por fidelidad a una "ortodoxia" religiosa. Algunos incluso (Dieter Wyss y Martín-Santos, p. ej.) le emparejaron con Viktor Frankl, de orientación adversa al psicoanálisis, para enjuiciar en su conjunto a una supuesta "escuela de Viena".



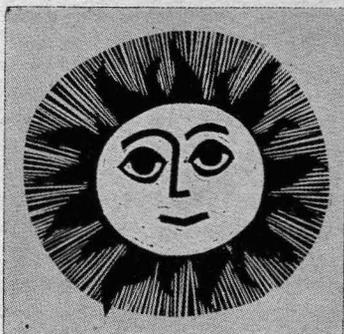
De entonces acá ha llovido mucho. Caruso ha experimentado una evolución muy honda y enriquecedora. Sin renegar de sus orígenes cristianos, sus preocupaciones se han ido desplazando de la trascendencia a la immanencia: el centro de sus investigaciones ya no es el hombre en una relación vertical con la divinidad, sino como término (¿provisional?) de la evolución y como sujeto de la historia. Caruso no es un revisionista del freudismo ni ha inventado ningún nuevo sistema. Su fidelidad al espíritu de Freud le ha liberado de la servidumbre de la letra. Lo caduco en el biologismo freudiano era su instrumentación científica decimonónica; pero sus intuiciones fundamentales pueden mantenerse dentro de las perspectivas evolucionistas de un Teilhard y en continuidad con esa nueva y fecunda rama de la biología que es la Etología (estudio del comportamiento animal comparado).

Tampoco el pretendido individualismo freudiano es otra cosa que un prejuicio epocal que no invalida el alcance social de los más revolucionarios descubrimientos psicoanalíticos. Freud llegó a afirmar que toda psicología es, en

última instancia, psicología social, porque en todo acto humano están siempre presentes (como objeto de amor, odio, temor, etcétera) los otros hombres. Caruso ha demostrado que la *praxis* psicoanalítica es en substancia idéntica a la *praxis* social anunciada por Marx como tarea de la filosofía futura: modificación de la conciencia por el mundo y del mundo por la conciencia, en interacción dialéctica dentro del devenir histórico social. De ahí que haya visto en la situación psicoanalítica un modelo de *praxis* microsociedad y en la antropología psicoanalítica un personalismo dialéctico.

Un testimonio vivo de esta evolución es el libro, recientemente aparecido en versión castellana, *Psicoanálisis para la persona*, que reúne artículos publicados originalmente en francés desde 1952 a 1962. Lo componen ocho ensayos que llevan los siguientes títulos: Símbolo y realidad.—La persona y el símbolo.—Un análisis de la opacidad.—Un mundo ambivalente.—Reificación de la sexualidad.—Moral y alienación.—¿Es social el psicoanálisis?— Psicoanálisis y religión.— Sigue una extensa serie de notas que actualizan y amplían las consideraciones expuestas en el texto.

El autor reconoce, con un valor que no deja de impresionar a quien conoce el narcisismo profesional de los intelectuales, el carácter provisional y hasta parcialmente contradictorio de estos ensayos. La lectura del capítulo II, dedicado a confrontar el simbolismo psicoanalítico con la *gnosis* cristiana de los primeros siglos, y del capítulo VII, en que trata de operar una integración recíproca de las perspectivas marxista y psicoanalítica, dan pruebas del camino transcurrido entre 1957 y 1961 y del desplazamiento de perspectivas e intereses operado. Pero es este testimonio de evolución personal siempre abierta al diálogo y a la autocrítica uno de los mayores valores de este libro. En él se encuentran además formulaciones de una nitidez poco habitual sobre las relaciones entre la compulsión a la



repetición y el aprendizaje, sobre la ambigüedad de la moral, sobre la reificación de la sexualidad en las perversiones y sobre las mistificaciones de ciertos espiritualismos de corte religioso. Por último, señalemos la penetración y la valentía con que Caruso ha delimitado la tarea del psicoanálisis respecto a la *praxis* social frente los intentos de aislarla totalmente del acontecer socioeconómico o de convertirla en un ersatz de la auténtica acción político-social. "Tal vez podamos esperar que el psicoanálisis pueda

tomar conciencia de su función social por la crítica del destino familiar, crítica que oculta bajo un vocabulario pseudobiológico y mecanicista. Ello no quiere decir que recaigamos en el error de los que quieren construir una nueva sociedad (o conservar la antigua) por el psicoanálisis. Simplemente queremos decir que el psicoanálisis se dirige a los hombres y les llama a elegir su actitud social mediante la toma de conciencia de lo que no han escogido voluntariamente."

ARMANDO SUÁREZ.

UTILIDAD DE LAS CRÓNICAS

Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, *Relaciones Originales de Chalco Amaquemecan*, Paleografía, traducción del náhuatl e introducción por S. Rendón, Prefacio de Angel Ma. Garibay K., Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 368 pp.

En días despejados pueden contemplarse desde la ciudad de México los montes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, sempiternas atalayas de la capital y testigos mudos de glorias pasadas y de tristes momentos del mal llamado Valle de México. A los pies, casi, de esas "sierras nevadas", en el Estado de México, encuentra el turista —nota bullanguera que a diario punza la típica placidez de ese paisaje— diversos poblados con nombres en náhuatl: entre ellos figuran Chalco y, un poco a la distancia, Amaquemecan (hoy, Amecameca). Por una ironía del destino, el primero de esos pueblos es hoy más conocido por sus productos lácteos y el excelente maíz de la región, que por la recia cultura que allí tuvo asiento mucho antes de que la gran Tenochtitlan empezara a existir siquiera.

La importancia particular que en otros tiempos adquirió esta provincia —que en lo civil dependía de la Alcaldía Mayor del propio Chalco, y en lo eclesiástico, del Arzobispado de México— se desprende de sólo considerar las fronteras de su alcance geográfico: ya en el siglo XIII, en efecto, llegaban aquéllas a sitios tan relativamente distantes que hoy, con otros nombres algunos, quedan en los Estados de Guerrero, Michoacán, Morelos, Puebla y Oaxaca, aparte del mismo Estado de México; además, recibía tributo de una parte del Estado de Hidalgo. En lo que a las cercanías de la capital se refiere, dichos confines llegaban a Xochimilco, cercanías de Tezcoco, Cerro de la Estrella y aun a Churubusco, elegante "colonia" capitalina de hoy.

El libro que nos da pie para esta nota no es de prestancia física impresionante; cobija, empero, un riquísimo contenido histórico, con no menos datos de geografía y con abundante copia de información para los estudiosos de la etnografía, la religión indígena, la organización del gobierno nativo, la estructura de la antigua sociedad y, en fin, para los especialistas en otros cam-

pos anexos. Y es que estas Relaciones Originales constituyen una "historia verdadera de las casas y familias de la provincia" de que venimos hablando. Tal historia fue preparada prácticamente por orden del primer virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, que a la sazón necesitaba documentación fidedigna en qué apoyar la concesión de cargos y privilegios a los nobles de la raza sojuzgada por la bota española.

Cuando en 1620 don Domingo Francisco Chimalpahin (1579-c. 1660) inició la tarea de escribir la obra, de "pintar sobre el papel" —decía él—, habían transcurrido setenta y tres años de venirse recopilando informaciones (casi como tomando notas, diríamos ahora) para ese objeto. El encargo había recaído originalmente, sin embargo, en otra persona versada en las cosas antiguas, el juez de Amaquemecan (cuna, casualmente, de Cuauhtlehuanitzin): don Andrés de San Xuchitotzin, quien en 1549 hizo la primera de varias certificaciones legales del material para entonces acumulado. Resulta revelador que Chimalpahin, el autor en definitiva (no obstante que —como se descubre ahora— fue, más bien, el coordinador e intérprete de los datos), haya tenido muchos asistentes o "informantes". Se ignora el porqué del cambio de autoría, pero es de suponerse que en ello pesó el que don Domingo Cuauhtlehuanitzin había sido educado al modo occidental, precisamente en el convento de San Antonio Abad de México. Era, además, de la alta clase indí-

